

Traducciones / Traduções / Translations

FRAGMENTOS DEL PASADO DO PASSADO

REVISTA DE ARQUEOLOGÍA • REVISTA DE ARQUEOLOGIA

Nº 2 | 2016 | 53-66

DOS CARTAS A PROPÓSITO DE LA ARQUEOLOGÍA PERUANA. PRIMERA CARTA: DEL DOCTOR JOHANN JAKOB VON TSCHUDI AL SEÑOR VICENTE FIDEL LÓPEZ. SEGUNDA CARTA: DEL SEÑOR VICENTE FIDEL LÓPEZ AL DOCTOR JOHANN JAKOB VON TSCHUDI*

Two Letters on the subject of Peruvian Archaeologie. First Letter: by Dr. Johann Jakob. von Tschudi to Mr. Vicente Fidel López. Second Letter: by Mr. Vicente Fidel López to Dr. Johann Jakob von Tschudi

Jakob von Tschudi y Vicente Fidel López

Charles Casavalle (editor).

Imprenta y librería de mayo, Moreno 241, Buenos Aires. 1878.

Título original: *Deux lettres A propos d'archéologie péruvienne. Première lettre: le docteur Johann Jakob von Tschudi a monsieur Vicente Fidel López. Deuxième lettre: monsieur Vicente Fidel López au docteur Johann Jakob von Tschudi*

*Traducción: Carlota Romero

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

Primera carta:**Doctor J. J. von Tschudi a V. F. López**

De mi consideración:

Lamento mucho que sólo hace poco me he enterado de su obra sobre las razas arias. La he estudiado cuidadosamente y me permito hacerle algunas observaciones al respecto.

Por empezar, debo admitir que usted ha ejercido una crítica muy severa respecto de la obra sobre las antigüedades peruanas de Rivero, en la que figura también mi nombre, bien puedo decirlo, a pesar mío. He supervisado la ejecución de las planchas y aumenté los materiales de Rivero con varias hermosas piezas de mi colección; pero el texto, a excepción del capítulo segundo y quinto, así como algunas observaciones, es obra de Rivero e incluso tuve que luchar muchísimo para suprimir del manuscrito una cantidad de aserciones e hipótesis, desprovistas de toda base científica. No puedo en modo alguno asumir la responsabilidad de lo que escribió Rivero. Si usted ha tenido la ocasión de conocer mi obra *Voyage dans l'Amérique du Sud*, habrá encontrado ideas muy diferentes sobre las antigüedades de Perú de aquellas de Rivero en las *Antigüedades*.

No quiero tocar aquí más que un solo punto sobre el que usted ha dirigido una crítica malévola dirigida a mí. Se trata de la medicina y la cirugía de los antiguos peruanos. Lo que se dice al respecto sobre este asunto en las *antigüedades*, pág. 122, no es por cierto un invento ni de Rivero ni mío, está tomado de escritos de viejos Cronistas; en la pág. 320 de su obra usted dice:

“Hasta nuestros días la medicina no posee más que dos escuelas esencialmente clínicas, la de Hipócrates y las de los quichuas! No sólo para mí sino para muchos

hombres de ciencia esta aserción ha tenido el efecto de una broma de parte suya. La medicina, o la escuela de Hipócrates, la conocemos a la perfección, pero no la de los quichuas, y usted mismo, señor, no brinda prueba alguna de su antigua existencia. En vano he buscado en los relatos de los autores contemporáneos a la conquista y sus sucesores de los siglos XVI y XVII las pruebas de su aserción; pero el estudio concienzudo de los autores que han escrito sobre el México antiguo prueban la evidencia de que los conocimientos médicos de los aztecas y otras naciones mexicanas tenían el mismo grado de desarrollo que los de los amautas.

Usted dice, en pág. 322; “Pero tome la misma ciencia en Perú y en Europa durante toda la duración de la Edad Media y busque de qué parte habrá estado la ventaja.”

Me cuesta creer que usted haya tomado en serio esta frase. Dejemos de lado al gran maestro de la antigua ciencia médica, Hipócrates, y Aristóteles, al compilador Plinio; no hay más que citar al célebre Celso, y sobre todo a los ocho libros de medicina del admirable Galeno cuyo ingenioso sistema médico fue durante tres siglos, hasta llegar a Paracelso, el sistema imperante de la medicina. No quiero mencionar en detalle a todos los demás autores que escribieron durante la Edad Media sobre las virtudes médicas de las plantas y la medicina práctica; me limito simplemente a preguntarle si usted ha olvidado los amplios conocimientos médicos que los doctos árabes, discípulos de la célebre escuela de Alejandría, han difundido en España y gran parte de Europa.

En la misma página de su obra usted me llama con admirable aplomo “discípulo de la escuela de Broussais!” Ay, yo, discípulo de la escuela de Broussais! Esto era algo completamente nuevo para mí, una ver-

dadera broma que me hizo sonreír. En la época en que estudié medicina, Broussais y su sistema ya habían pasado por Alemania, donde nunca tuvo serios partidarios y fue olvidado desde hace muchos años.

Usted dice que yo, discípulo de la escuela de Broussais, me sentí sumamente impresionado por este hecho de que los peruanos no abrían los abscesos y hacían la sangría general de los grandes vasos del sistema venoso.

Le ruego, señor, tener a bien leer la página 123 de *Antigüedades*. ¿Dónde hay, en lo que dice allí una sola palabra de asombro?

¿Dónde hay en lo que allí se dice una sola palabra de asombro?

Cada autor tiene el derecho de exigir que aquel que lo cita o lo critica, lo cite concienzudamente, y este derecho vale tanto en Montevideo como en Europa.

Usted dice que los antiguos peruanos conocieron la anatomía.

Yo pregunto si es conocer la anatomía el conocer la ubicación de las principales visceras. En tal caso, los sacerdotes mexicanos, que sabían tan bien arrancar el corazón humeante a sus víctimas vivas, los gauchos de los saladeros, todos los carniceros, etc., serían anatomistas; y en estas condiciones admito que los amautas conocían la anatomía. Pero la ciencia entiende por la palabra anatomía algo muy diferente del conocimiento empírico, e incluso rudo de las entrañas en general. Repito pues que nada confirma que los amautas tuvieran un conocimiento de la anatomía científica.

Finalmente, le confieso con franqueza que no soy capaz de comprender la lógica de su frase. Y bien (pág. 323) hasta el final.

No quiero entrar en más detalles, me llevaría demasiado lejos. Repito que siento mucho no haber conocido antes su obra. Habría tenido una buena ocasión para ha-

blar de ella en la introducción de mi trabajo crítico sobre el drama *Ollanta*, que publiqué hace dos años. Pero espero poder hacerlo dentro de poco, porque me estoy ocupando de una segunda edición de mi gramática quichua o más bien de una gramática *analítica* de esta lengua, y de otro trabajo sobre los antiguos peruanos. Le puedo asegurar por anticipado que lo citaré religiosamente. Mis estudios de la lengua quichua me han llevado a conclusiones muy diferentes de las suyas; que, en cuanto al sánscrito, hasta el día de hoy todavía no han encontrado la aprobación de célebres sanscritistas alemanes e ingleses, y sin embargo puedo asegurarle que su libro fue bien examinado por los filólogos.

Tenga usted, señor, la certeza de mi más distinguida consideración.

Viena, 18 de diciembre de 1877

Tschudi

Segunda carta: Vicente F. López al Doctor J. J. von Tschudi

Estimado señor,

Lamento sinceramente que el libro de un autor tan poco conocido como yo haya sido la causa de sentimientos y reclamos tan vivos como los que usted me dirige en su carta del 18 de diciembre 1877. Las líneas que han despertado vuestros reproches son un simple accesorio de mi tema, donde yo sólo me ocupé de pasar revista, de una manera breve y ligera, a ciertas particularidades de la civilización peruana que me fue dado tratar especialmente en el cuerpo principal de la obra.

Sin embargo, sus reclamos, señor, me han producido una impresión penosa; y

en el segundo volumen, que me propongo publicar próximamente para completar mi plan, donde trataré estos mismos temas de una manera más extendida, suprimiré todo lo que haya podido parecerle injusto respecto de usted, declarando, con toda sinceridad, que al estar mejor informado por usted mismo de que la obra de Rivero lleva vuestro nombre a *pesar suyo*, retiro las apreciaciones que lo conciernen, ya que contiene opiniones sobre las antigüedades peruanas que no son las suyas.

Ahora, señor, permítame señalarle que el tema esencial de mi libro es la lengua, la historia y la teogonía de los antiguos peruanos; y que en lo referido a la lengua, varias veces he citado sus excelentes publicaciones cuando hubiera podido preferir a González Holguín y Torres Rubio que evidentemente han servido de base a su diccionario y a su gramática.

Por lo demás, es cierto, y no tengo ningún inconveniente en reconocerlo aquí, que leyendo *Las Antigüedades Peruanas* me hice una idea poco favorable de sus informaciones sobre la arqueología americana e incluso dudé que usted dominara la lengua quechua, pues su traducción de Apu-Ollantay es muy reciente y posterior en varios años a la que han publicado en español y en inglés Barrancas y Marckan.

Es tan solo ahora y a través de su carta que acabo de enterarme de que su nombre figuraba a *pesar suyo* en el frontispicio de la obra de Rivero y que *usted no es responsable de lo que él escribió*. No habiendo podido adivinarlo, me equivoqué respecto del origen de ciertos errores que no podía aceptar; tanto más por no haber tenido el placer de leer su *Voyage dans l'Amérique du Sud*, de cuya existencia acabo de enterarme por vuestra carta. Me procuraré de inmediato esta obra, sabiendo por adelan-

tado toda la instrucción que me puede deparar.

Usted acusa a mi crítica de severa (y me parece también de inconveniente) pero al mismo tiempo usted me disculpa, ya que, según usted, *Las Antigüedades* contienen muchas apreciaciones e hipótesis desprovistas de toda base científica. Esto también es severidad, señor, e incluso algo mayor que la mía.

En cuanto a mi libro, permítame, señor, decir lo siguiente: no es una posición social como sabio ni siquiera una satisfacción de amor propio lo que he buscado al escribirlo. Habiendo estudiado con amor las antigüedades y la historia moderna de América del Sur, molesto incluso del desprecio, de la ignorancia y malevolencia con la cual parece estar de moda en Europa tratarnos, presentándonos como semibárbaros, solamente he querido lanzar al mundo erudito una tesis fundada en los estudios concienzudos a falta de otro mérito, cuyas conclusiones, en el estado actual de la ciencia, podrán no ser aceptados, pero cuya base y filiación llamarán a la fuerza por sí mismos la atención y la lealtad de algunos sabios sin prejuicios de escuela o de rutina, de lo que ya tuve pruebas.

Usted me amenaza por anticipado con un veredicto desfavorable que no me espanta. Contaba con ello. Mi libro será quizá olvidado o considerado muy poco concluyente o muy incompleto. Habrá hecho escándalo quizá, ya que es completamente diferente de los que se han publicado antes que él. Usted debe comprender que esto no puede afectarme, ya que lo sabía por adelantado. Pero yo no soy ni el cliente ni el candidato de ningún cuerpo académico u oficial. Soy un intruso, *un tal López*, como lo decía hace poco una de vuestras hojas periódicas, con una delicadeza llena

de ingenio, que me ha hecho sonreír también en mi rincón.

Mi único objetivo, mi único interés ha sido la investigación de la verdad histórica sobre la América antigua. Supongamos que estudios, que investigaciones ulteriores y definitivas, decidirán que el fundamento de mi tesis es inaceptable. ¡Sea! Se habrá estudiado a fondo los problemas, las lenguas, las dinastías, las razas y el encadenamiento de diferentes civilizaciones americanas que se produjeron en la antigüedad, dejando cubierto en su totalidad el país de estos prodigios de arquitectura, de estos canales, de esta elevada cultura social constatada por la profusión asombrosa de grandes monumentos y antiguas ciudades, esparcidas por doquier, que Squier acaba de descubrir: y de las cuales, antes que él, no se conocía más que una pequeña cantidad en lugares aislados. Estas maravillas nos revelan pues la existencia de varias civilizaciones, unas más antiguas que otras, escalonadas a lo largo de una larga serie de siglos desde la más remota antigüedad.

Los sabios europeos que creen que todo esto ha tenido un origen en el movimiento propio de los americanos mismos me hacen el efecto, señor, de estos otros sabios muy profundos en astronomía y geología, que no obstante creen en los milagros de la Biblia y en lo sobrenatural del Evangelio. Sería por cierto el único ejemplo de un hecho semejante, un fenómeno sin precedentes y sin razón de ser; pues usted sabe que no ha existido un único pueblo civilizado que no se encadene a otro más antiguo que él en la serie temporal. Y sería verdaderamente asombroso que Dios o la naturaleza, que hace siempre estas cosas con una simplicidad tan grande, haya reservado únicamente para América este ejemplo tan

excepcional de una civilización completamente asiática y perfectamente antigua de acuerdo a nuestras ideas, pero sin ligazón alguna con Asia y con sus lenguas civilizadas.

Si así fuera, hay que convenir que América ha sido bien superior en inteligencia a Europa. Pues Europa debe todo lo que es a la iniciación y a las tradiciones asiáticas, mientras que según mis críticos, la civilización sudamericana habría creado todo ella misma; sus obras prodigiosas, sus artes, sus grandes obras de matemáticas aplicadas, sus cálculos astronómicos, su gobierno tan bien establecido y tan altamente administrativo, su cultura, su tolerancia religiosa, su derecho civil y público, su sistema militar, sus admirables fortificaciones, su colonización de los desiertos y su tipo asiático, tan superiores a todo lo que Europa (heredera del mundo antiguo) ha hecho por sí misma antes del siglo XVII. ¡Y todo eso se habría creado y llevado a un grado supremo de desarrollo por América y para América únicamente!

Yo no creo señor, en los milagros ni en las excepciones en el desarrollo moral de la humanidad. Creo en la unidad de la civilización y en su bifurcación con la India y los pueblos asiáticos, si bien no creo en la unidad etnológica de las razas; es decir, creo que todos los pueblos civilizados, a pesar de sus diferencias de origen, son obra de tradiciones arias y de la bifurcación de estas tradiciones con las razas anteriores y coexistentes.

El tiempo dirá quién tiene razón, y todavía no ha llegado el momento en que la ciencia haya dicho su última palabra, porque se sabe bien poco todavía, permítame decirle, señor, sobre la arqueología americana; incluso la mayoría de los europeos ignoran, todavía en el presente, lo que es

la América del Sur moderna. Las neblinas del Océano Atlántico les turban la vista, y la influencia de prejuicios de escuela y de rutina los retienen en el umbral de lo que los asusta.

Usted teme el escándalo. La temeridad frente a vuestros maestros os parece un crimen. Yo que no habito ese mismo medio, que no estoy detenido por las mismas conveniencias, me comporto de una manera completamente diferente; libre de aprensiones, exento de temor y desligado de todo vínculo con vuestra ciencia oficial que, digámoslo entre nosotros, no siempre ha dicho la última palabra en los debates científicos.

La búsqueda de esta última palabra ha sido mi objetivo. Quizá ella esté alejada y sea incluso ilusoria. Pero, por cierto, será pronunciada; y mi obra, sea verdadera o falsa, habrá dado lugar a un género de estudios que no estaban hechos de acuerdo al mismo plan, si bien no nos faltan los respaldos intuitivos al respecto.

El aislamiento absoluto de la civilización de origen americano es, de verdad, algo tan poco científico y tan extraño como lo sería afirmar que el Nuevo Mundo no es una parte orgánica de la unidad de la Tierra, tan esencial en sí mismo como los demás continentes, respecto del movimiento astronómico del globo y su equilibrio en el cielo. Y usted sabe que la ciencia de cierta época lo ha negado en nombre de la autoridad.

Si compara, señor; lo que usted dice sobre los conocimientos de los peruanos en cirugía y medicina con las revelaciones y las pruebas que Squier acaba de darnos a conocer, pienso que en mi libro he estado un poco más cerca de la verdad de lo que usted creía al enviarme la carta. Los conocimientos quirúrgicos de los amautas os inspiran el más profundo desprecio. Sin

embargo, Squier ha enriquecido la ciencia con cráneos peruanos muy antiguos, trepanados con un arte admirable y mediante procedimientos casi semejantes a los que emplea la ciencia europea. Le adjunto una copia del grabado original.

¿Qué dice usted al respecto, señor? Creo que al enviarme su carta usted no conocía todavía la obra tan seria y tan capital de este gran explorador.

Pues, incluso actualmente, la trepanación del cráneo es una de las operaciones quirúrgicas más riesgosas y más delicadas, incluso con la ayuda de los instrumentos perfeccionados de la cirugía moderna. Por ella sola, este pieza basta para hacernos conocer la competencia y la profundidad de los conocimientos anatómicos que poseían los peruanos hace catorce o quince siglos. Una sola pieza encontrada de esta importancia basta para demostrar que, ya que practicaban esta operación, tenían éxito al menos algunas veces.

Hablando sumariamente en mi libro y bajo la forma de un breve resumen del estado comparativo de la medicina en América y en la Edad Media europea, no he dicho, como usted lo da a entender, que los amautas hayan poseído escritores y genios teóricos superiores a los sabios conocidos de la Europa helénica. ¿Cómo podría decir yo algo semejante cuando no hay un solo sabio peruano que haya sobrevivido a la espantosa devastación de la Conquista? Sólo enuncié que en la Edad Media la práctica clínica, la terapéutica, tenía en Perú fundamentos más racionales y más apoyados en la observación que en Europa; advierta, señor, que dije en la Edad Media y no otra cosa.

Y ya que usted nombró a Paracelso en su carta, permítame aprovechar este nombre tan célebre para constatar el estado de las

ciencias médicas en Europa y no únicamente en la Edad Media, como acabo de decir, sino todavía en el siglo XVI, es decir tres siglos más tarde. Este médico, tan grande según algunos, trajo de Oriente el mercurio y el opio; pero los empleó con tan poco juicio y tan poco conocimiento respecto de su adaptación al organismo humano que, en la mayoría de sus aplicaciones, cometió enormes errores, sin ningún método clínico o base probada por la observación y el diagnóstico.

Usted sabe mejor que yo, señor, en qué medida estaba dominado por las supersticiones más absurdas que han oscurecido la historia de la medicina. Por lo que dicen los escritores cuyo testimonio no puede ser rechazado, no tenía ningún tipo de discreción para acceder a sus informaciones médicas prácticas. Consultaba a los teólogos, a las ancianas, a los exorcistas y hechiceros de todo tipo. Alquimista ante todo pretendía poseer la piedra filosofal y el elixir de vida, la quintaesencia, el arcano del vitriolo; y sobre todo el secreto del opio mezclado con el mercurio, sobre el cual escribió lo siguiente: *ex duabus tantum rebus constans, quibus excellentiores, in mundo reperiri nequeunt, qua morbos omnes ferè curantur.*

Libavius dice además que en cuanto médico Paracelso no poseía ningún saber científico, a pesar de su epitafio; que mató (sic) a multitud de enfermos y que enfermó de verdad a otras personas que no estaban seriamente enfermas; que sus escritos sobre medicina están tan llenos de imposturas y supersticiones que llega al extremo de enseñar que un hombre, completamente solo y sin relación con una mujer, puede crear un pequeño niño vivo, perfectamente semejante a aquellos que nacen de mujer, solamente mucho más pequeño, y llega a agregar instrucciones para hacerlo, tan in-

decentes como absurdas. Se jactaba de haber recibido cartas de Galeno y de haber buscado querella con Avicena a la entrada del reino infernal. Sostenía que el cuerpo humano contenía el levante y el poniente, con todos los signos del zodiaco. Enseñaba que para extraer un dardo o una flecha de una herida se necesitaba invocar la influencia de ciertas constelaciones; pues profesaba, según Tennenann que, según la armonía universal, las estrellas tenían una influencia inmediata sobre el mundo subllunar y sobre la vitalidad de los elementos de nuestro cuerpo; y que, por consiguiente, había que hacerlas actuar mediante fórmulas cabalísticas. He ahí, señor, dónde estaba la ciencia en el siglo XVI.

Sin embargo, hacia la misma época, los peruanos poseían desde hace siglos una farmacopea cuyas aplicaciones clínicas se apoyaban sobre un método curativo fundado en observaciones bien confirmadas, y tenidas en cuenta hasta el presente por la práctica y por la ciencia.

No se necesita un gran saber, por cierto, para purgar o hacer vomitar a un enfermo. Pero, si no me engaño, el empleo de la chinchona, por ejemplo, como tónico, como medio para combatir las enfermedades se basa evidentemente en estudios de otro valor, que se enlazan incluso con los principios científicos de la fisiología moderna. Y usted sabe, mucho mejor que yo, de cuántas otras aplicaciones peruanas podrían hacerse los mismos elogios y considerarlas conquistas en el orden científico de los hechos.

Es necesario pues que estas prácticas peruanas, que han arrojado tanta luz sobre las ciencias médicas modernas y que han bastado para renovar sus métodos curativos de la fiebre y de otras enfermedades graves, se hayan apoyado sobre una observación racional y completamente orgánica,

que nos lleva a rechazar toda suposición de empirismo ciego o bruto, en relación con la enseñanza de los amautas; de estos sabios desconocidos, millares de los cuales murieron en el curso de tres años en las hogueras de la Inquisición y en las profundidades de las minas, buscando metales preciosos para saciar la avaricia de tiranos por lo demás más ignorantes y bárbaros que sus víctimas.

Es cierto, señor, que en mi libro afirmo que en la Edad Media las ciencias médicas se habían envilecido. Y, por cierto, no eran ni mucho menos lo que habían sido en tiempos de Plinio y Galeno. Permítame, señor, recordarle lo que nos dijo al respecto Daremberg (pág. 277 del segundo volumen). Según él la Edad Media profesaba una medicina de *cuarta categoría*; se había condenado al olvido el método de los antiguos, favoreciendo las formas escolásticas y místicas *tan vanas como sutiles*, mezclándolas con numerosas supersticiones... Simplemente escribí que estas prácticas eran muy inferiores a las peruanas y que la escuela de hipocráticos se parecía más bien a estas últimas que a aquella de la Edad Media.

Para abreviar y porque esto no era el verdadero objetivo de mi libro, me referí solamente a Hipócrates, incluyendo en la tradición común a Plinio, Celso, Galeno, la Escuela de Salerno y todas las demás escuelas que consideré miembros de la filiación griega. Incluso los árabes, de los que usted me habla, sobre todo Avicena, considerados en general pertenecían a los hipocráticos, es decir a este mismo método de observación y de expectativa, cuya existencia también creí percibir entre los peruanos, por la naturaleza de sus drogas y la manera de emplearlas. Para demostrar la superioridad de los peruanos sobre las

prácticas de los siglos V al IX, me apoyé en la autoridad concluyente de Gregorio de Tours, a quien cité en mi libro; y al cual podría añadir otras más, Draper, por ejemplo, que es él mismo un médico ilustre.

Por lo demás, señor, ¿dónde he dejado de apreciar el saber de los hipocráticos latinos, como Plinio, Galeno, etc.? Lo que dije al respecto demuestra todo lo contrario; he aquí mis palabras, en la pág. 322: - "Hasta nuestros días, la medicina no poseyó más que dos escuelas esencialmente *clínicas* (es decir, curativas), la de Hipócrates y la de los quechuas." ¿Dónde afirmé que ésta fue superior a la otra y a su tradición entre los latinos? ¿Acaso no enuncié (pág. 324) todas las circunstancias que atenúan mi aserción, respecto de la tradición de los peruanos, perdida hoy día en su conjunto teórico? Entonces, señor, podría recordarle su frase: "Cada autor tiene el derecho a exigir que aquel que lo cita lo cite concienzudamente, tanto en Montevideo como en Europa."

La obra misma de Rivero (de la cual yo no sabía que en ella su nombre figuraba a *pesar suyo*) nos hace conocer en la página 122 (muy a la ligera por desgracia) todos los elementos de una farmacopea tal que supone la existencia de una clínica metódica que ha sido fundamentalmente conservada y tenida en cuenta por la ciencia moderna, y que no está menos extendida, así creo, ni menos bien establecida en la observación racional que la clínica hipocrática.

Tenga la bondad, señor, de observar que no he hablado más que del método curativo o terapéutico; el cual, por lo que imagino en mi ignorancia, es la parte esencial de la medicina *según los antiguos*. Hablando de los quechuas, tal como usted lo concibe, no he podido tener la intención de humillarlos, comparándolos con los progresos prodigiosos que la ciencia ha hecho a partir

de Molière, con la ayuda de la química, de la cirugía médica y de la adaptación de los instrumentos creados por el ingenio moderno. Cada cosa a su tiempo y en su lugar, a fin de que las transcripciones sean tan fieles en el Río de la Plata como en Europa.

Usted me acusa de no citarlo concienzudamente. Creo que usted es injusto conmigo. En primer término, la brevedad con la que traté el tema en mi libro, como simple complemento episódico, no me permitió transcribirlo por completo. Luego, es fácil percibir que hice un simple y ligero relato de las opiniones que yo combatía; y en este caso, todo el mundo admite (y todas las polémicas lo atestiguan) que uno puede equivocarse concienzudamente, interpretando los pensamientos de otros, resumiendo la expresión o atribuyéndole un valor que no tienen. Al respecto, uno puede equivocarse concienzudamente tanto en Montevideo como en Europa. Cada día y cada libro nos brinda numerosos ejemplos de este tipo de malentendidos. Resumir una doctrina es una tarea que corresponde al juicio de aquel que resume y, en consecuencia, uno puede equivocarse concienzudamente, pues resumir no es transcribir.

Por ello, usted ha estado demasiado mordaz, señor, y demasiado apresurado, no sólo en la expresión sino sobre todo en la naturaleza de su queja. Incluso al presente y en vista de sus reclamaciones me permito pensar que no he citado mal las aseveraciones del libro que usted ha firmado junto con Rivero, y le transcribiré el texto para disculparme ante usted por esta insistencia.

“De cualquier modo (dice) los conocimientos curativos de los amautas eran empíricos y *limitados*, y se ceñían a mitigar los síntomas más alarmantes de la dolencia, *sin sistema alguno nosológico o terapéutico*” ¡y usted dice esto, señor, a pesar del ejemplo

de la chinchona! Continúo: -“De todos los medios exploratorios, usados por nuestros médicos, para diagnosticar las enfermedades, no conocían otro, que el estado de la membrana mucosa de la lengua.” Me gustaría saber, señor, en qué documentos se apoyan estas aseveraciones. La farmacopea peruana, seriamente estudiada desde la *calisaya* hasta la rataña, la chucumpa y cien otros medios, demuestra que su diagnóstico abarcaba una esfera mucho más extendida de lo que supone Rivero, y que este diagnóstico tenía una base racional y científica.

En cuanto a la cirugía, Rivero afirma además que los amautas no habían llegado a emplear la sangría propiamente dicho: -“habían llegado a reconocer que, en ciertos casos, conviene disminuir la masa de la sangre; pero *siempre en las inmediaciones* de la parte doliente produciendo evacuaciones que, más que a nuestras sangrías propiamente dichas, se asemejaban a las emisiones de sangre locales... La cirugía operatoria *era completamente desconocida* a los facultativos peruanos... *sin la menor idea de la apertura de abscesos*, con instrumentos constantes, etc., etc.”

Releo lo que escribí al respecto y a pesar de dos expresiones inconvenientes que lamentó de todo corazón, donde critico como vulgares estas apreciaciones tan caprichosas y, por lo que creo, desprovistas de fundamento, no veo dónde está la inexactitud del resumen que hice de él en mi libro. Creo que los cirujanos que habían trepanado los cráneos con instrumentos tan delicados como aquellos de los que nos han hablado Squier y de Broca, según la copia que le envió, no podían ignorar la manera de amputar un miembro y abrir un absceso.

Considero que la trepanación era en Europa, incluso en el siglo XVI, uno de los casos más difíciles de la cirugía médica. No

sé si se la practicaba en la Edad Media o en la antigüedad clásica. El único caso que conozco es el del príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II; y nos muestra en forma bastante evidente cuáles eran las enormes dificultades que esta operación representaba para los médicos más célebres de la Europa de ese tiempo. Y además debe observarse que Don Carlos no fue exactamente trepanado, ya que simplemente se limitaron a "ruginer" la superficie ósea del cráneo, mientras que en el ejemplar presentado a la ciencia por Squier, tenemos un caso de trepanación verdadera y consumada.

En el Río de la Plata contamos asimismo con médicos cirujanos muy hábiles y muy instruidos. He hecho leer a algunos de ellos, que son al mismo tiempo distinguidos literatos, el breve resumen de mi libro sobre la clínica peruana, haciendo un paralelismo con la escuela hipocrática; y lejos de encontrar allí algo absurdo han juzgado, al contrario, que todo lo que digo al respecto está bien fundado y es racional.

Podría incluso ir algo más lejos si quisiera. Un estudioso de Chile, Domeyko, cuyo nombre e importancia-usted debe conocer, ha afirmado, escribiendo sobre la metalurgia que ciertas amalgamas practicadas por los antiguos peruanos demuestran un conocimiento profundo de las leyes, químicas que operan para producir el resultado. Y otro de nuestros químicos más distinguidos, Puiggari, dedicado al estudio de la coca, ha descubierto que el empleo de esta hoja sólo desarrolla sus cualidades esenciales en la economía humana, mezclándola con el carbonato de sosa, en razón de ciertas leyes químicas que el análisis confirma admirablemente; así este sabio dice que le resulta evidente que los quechuas conocían perfectamente estas leyes, ya que, como usted sabe, nun-

ca mastican la coca sin mezclarla con la llypta.

Pero supongamos que al respecto haya habido algún error de mi parte ¿acaso no es un hecho probado al que se han referido todos los antiguos historiadores de la Conquista el de la habilidad de los *Koyas* como practicantes y como iniciados en las propiedades medicinales de sus plantas y sus resinas? Además esta parte de mi libro, lo repito, no es más que un apéndice insignificante que tiene muy poca relación con el tema principal. Me sorprende pues que estando usted mismo tan compenetrado con los secretos de la lengua quechua haya fijado toda su atención en la parte simplemente accesoria o episódica de la obra.

Es cierto, señor, que usted me hace esperar una refutación general, invocando incluso las conclusiones de diversos estudiosos; la espero sin emoción y con la convicción de que mi libro y mi tesis ganarán mucho al ser discutidos. Pues, por lo menos algunos de mis investigadores críticos querrán estudiar la materia y las pruebas, con conocimiento de causa, y de buena fe, sin prejuicios en referencia a los temas, a las raíces y a la gramática quechua que muy pocos *sabios sanscritistas* (incluso quizá ninguno) conocen.

En cuanto a los otros, que escribirán sin haber profundizado esta lengua dirán lo que querrán: estarán siempre fuera de tema, como todos aquellos helenistas y latinistas que maldijeron a Bopp y a sus discípulos *sin querer estudiar el sánscrito*.

Sabía por adelantado, señor, que mi libro no encontraría gracia ante sus ojos. En mis estudios sobre la lengua y sobre la teogonía de los peruanos creí haber encontrado elementos y secretos muy diferentes de aquellos que usted ha visto en sus obras, que considero, no obstante, llenas de saber y ciencia, pero cuyo espíritu y alcance difieren por

completo del mío. Desgraciadamente sus objeciones eran completamente naturales para mí; estaba fuera de la naturaleza humana que fuera de otra manera. Recientemente tuve una gran satisfacción al leer la gran obra de Squier, el único, por lo que sé, que ha restablecido toda la grandeza y solemne verdad de las reliquias de la civilización peruana. Descubrió que todo el país estaba lleno de ruinas y en muchos lugares ha encontrado vestigios del *culto lunar* de los pueblos primitivos, que yo había sospechado y sometido a la discusión.

Interpretando los símbolos traídos a la luz por este explorador y estudiando la topografía de la cual está impregnada la lengua, como yo me ocupo de hacerlo en la *Revista del Río de la Plata*, he llegado a poder constatar hechos preciosos e incontrovertibles, que apoyan la mayor parte de las aserciones que yo había anticipado en mi obra.

Si usted tuvo la ocasión de leer esta obra excepcional -*Travel and exploration of the land of the Incas by M. Squier (1877)* habrá visto cómo este autor también comparte mis opiniones fundamentales. Incluso llega a afirmar que los peruanos estaban mucho más avanzados en las ciencias naturales que sus conquistadores; que incluso conocían la ley de los fluidos desconocida por los romanos (pág. 442). España empero en el siglo XVI estaba tan avanzada como cualquier otra nación europea.

Esta preciosa obra, escrita bajo el patronazgo de los Estados Unidos, ha venido a ratificar todos mis puntos de vista sobre la teogonía y la astronomía de los antiguos peruanos. En la página 188 se encuentra la representación del solsticio de verano bajo la forma del Ciervo ardiente en la generación, cuya existencia como signo del zodíaco descubrí bajo el nombre de *Topa-Taruca*. Este hecho arqueológico posee una enorme

importancia y nadie lo había advertido antes que yo. Puede verlo admirablemente representado en la página ya citada. El dibujo reproduce perfectamente la figura y la nariz de un ciervo, coronado por un hemisferio celeste o tiara, dividido en zonas luminosas y oscuras. Lleva en la frente el signo divino de *Tau*, y sobre el hombro un enorme falo, símbolo, como ya lo he dicho, del poder soberano de la generación, es decir del sol, en todas las teogonías del sabeísmo y el naturalismo antiguo.

Con la mano derecha, el ciervo ardiente *Topa-Taruca* eleva el disco solar a la altura del solsticio de verano. En el centro se ven las fases lunares correspondientes a las estaciones de la luz y de la fecundidad. La cola de la figura representa una culebra, símbolo del año, dividida en dos zonas, una de ellas luminosa y la otra oscura, con los compartimentos de cada mes.

El disco solar, resplandeciente, está atravesado por los dardos del fuego celeste; y una culebra en movimiento muestra abajo su cabeza rastrera, simbolizando el paso y los eslabones del tiempo. En la mano izquierda el ciervo sostiene la antorcha apagada del solsticio de invierno, atravesado por una pequeña zona lúcida que caracteriza aún más todo el simbolismo y todas las alegorías de estos dos puntos cardinales del zodíaco peruano, tal como los he establecido en mi libro.

En la página 186 encontrará el trópico de Cáncer, que yo he llamado *Machac-Huay* o cangrejo de río. El cangrejo, dibujado en la plancha con una exactitud llamativa, representa en el zodíaco clásico la marcha retrógrada del sol hacia el hemisferio de invierno. En la figura peruana el cangrejo está en lucha con un adversario que parece un dios humano. Este se esfuerza en retener al monstruo, a fin de impedir que en su

huida se lleve el calor y la luz, tan bienhechoras para el hombre, hacia el reino de las tinieblas.

Para no dejar duda alguna respecto de que los dos combatientes son dos miembros de un mismo fenómeno astronómico, basta observar que ambos están marcados en el pecho por una cabeza de puma, emblema del sol y que, por la misma causa, adornaba también el pecho de los Incas, los hijos del Sol.

Tanto un personaje como el otro lleva el disco solar en la boca, rodeado por estrellas. El dios humano y poderoso toma al cangrejo por la cabeza y lo detiene en su huída, alzando en su boca el disco solar hacia lo alto del cielo, mientras que el cangrejo tiende a bajarlo hacia las regiones inferiores de las tinieblas. No falta nada para la perfección del simbolismo, ni siquiera los escarabajos, que son los aliados de las tinieblas y de los espíritus infernales en todas las teogonías antiguas y clásicas, como bien lo sabe usted.

Estos dos preciosos vasos están actualmente en el Museo de Londres, y yo lo invito a confrontarlos con las *fantasías* de mi libro, a fin de que usted pueda decidir si estas *fantasías* estaban o no bien cerca de la verdad recientemente revelada.

En la página 180 usted encontrará otra alegoría igualmente preciosa y llamativa. El Sol, bajo la forma de un disco colosal y caracterizado por las llamas ardientes del verano, y por el *triángulo clásico*, recibe en el solsticio de verano las ofrendas y las adoraciones de un jefe seguido por su pueblo; él le ofrece la chicha (el *soma* de los indígenas), jugo de la reciente cosecha. Sobre su carpa, sostenida por la columna del solsticio, resplandece el disco luminaria en toda su redondez. En el extremo norte la columna toma la forma contorneada de la serpiente

y engulle una parte del disco solar que se oscurece durante el invierno, junto a otras alegorías numerosas y no menos decisivas que omito aquí, y que analizo en la *Revista del Río de la Plata*. Podría dejarme llevar, señor, a mil otras consideraciones sobre los documentos y los monumentos que Squier acaba de exhumar en su grande y preciosa exploración del Perú. Tienen para mí un valor muy personal, pues me han dado la ocasión de dar comienzo a otro volumen de mi obra, y probablemente a una nueva edición del primero, donde me satisfará hacer desaparecer todo lo que personalmente lo haya podido ofender, persistiendo empero en mis puntos de vista y en mis opiniones.

Quiera Dios que pueda conocer a tiempo sus nuevas publicaciones. Pero si aparecen en alemán lamentaré no poder leerlas pues no conozco esa bella lengua. A medida que profundizo en la obra de Squier y admiro los tesoros inagotables que ofrece a la observación de los sabios que deseen estudiar la América ingenuamente y sin prejuicios de escuela, me asombra que todavía nos vienen a hablar en nombre de Garcilazo y su escasa dinastía incásica, en el terreno de la arqueología, de la historia y de la antropología. He aquí el punto capital de mi disputa con la ciencia europea.

Conceda cien siglos de civilización indígena; conceda los cataclismos terrestres, las revoluciones climáticas, los cambios en los vientos alisios y en las corrientes marítimas, por el deshielo de los polos; conceda la sumersión de antiguos continentes, su fraccionamiento, solamente en el Océano Pacífico y en Oceanía, y ponga la historia humana, en América, de acuerdo con la ciencia y la marcha de la creación y de las razas primitivas, y verá que las ideas de mi libro sobre estas razas, sobre las lenguas y las tradiciones americanas no son tan ab-

surdas como ustedes quieren darlo a entender.

Max Müller, ese gran juez sobre este tipo de asuntos en nuestro siglo que quizá parece demasiado por la circunspección y la prudencia, ha expresado al pasar algunas apreciaciones de gran alcance al respecto. En la página 272 del segundo volumen de sus *Chips from a German Workshop* nos dice, después de haber nombrado a Alexander Humboldt que, en las lenguas y en las tradiciones, así como en la fauna y en la flora de los dos continentes opuestos, hay numerosas indicaciones que parecen justificar la admisión de un pasaje o puente primitivo de islas a través del Estrecho de Bering. Si un estudioso de tal importancia y tan prudente está dispuesto a admitir un punto tan capital como el de la relación posible de las razas americanas con los orígenes asiáticos, contamos con un fundamento para esperar que a medida que avancen los descubrimientos, otros estudiosos encontrarán el paralelismo primitivo de las lenguas y de las culturas sociales entre los asiáticos y los peruanos. Pues un parentesco original de raza supone al menos una bifurcación en su desarrollo respectivo.

Es el mismo gran estudioso quien nos ha declarado que, en el estado actual de la filología, no se puede negar a las lenguas touraniennes ciertos caracteres esencialmente arios.

¡Y bien! Señor, la lengua quechua emplea las mismas formas de la declinación y de la conjugación que la lengua *asamesa*, que la lengua *guzerati* y todas las demás de la Península Indica.

Refiriéndose a ellas, Müller no sólo nos informa que su gramática no tiene *nada de incompatible con los rasgos distintivos de la gramática aria, sino que además añade que son todas de descendencia aria; que la sangre*

que circula en sus venas es sangre aria; que en sus diccionarios y en su gramática han tomado ampliamente de sus vecinos arios (Introd. Remarks to the touranian. Researches). Se sabe todavía muy poco, señor, sobre la historia primitiva de la India y de sus grandes penínsulas; bien poco sobre el engranaje de sus razas, sobre sus colonias y sobre los cambios del globo después de la existencia en Asia del hombre civilizado para que resulte posible agotar con tanta prisa las cuestiones de las lenguas y de la tradición que yo he planteado en mi obra.

Para mí, lo repito, mi libro es un proceso. ¿Lo ganaré, lo perderé? Lo he escrito con la convicción de que me dirigía hacia la verdad. Pero, si no es así, el veredicto no vendrá más que después de haberse estudiado a fondo los asuntos del Perú, a la luz de los descubrimientos que se han comenzado a hacer en fecha muy reciente. Y créame, señor, no lo lamentaré.

Lamento de verdad una sola cosa: haber dicho que usted era *broussaiiste*. Advirtiendo la gran importancia que se le daba a la sangría general en el libro de Rivero pedí informaciones a algunas personas que habían vivido en Perú y, por lo que veo, me dieron informaciones inexactas. Le pido perdón, señor; es el único error grave que cometí en mi libro en relación con usted.

Por otra parte, hay otra circunstancia que me afecta. Su carta está impregnada de palabras y rasgos que otorgan al estilo un tono muy poco amistoso, incluso malévolo. No veo claramente la justicia de dicho procedimiento. Si usted tiene razón en quejarse de mis críticas se debe a que yo ignoraba que su nombre *figuraba a pesar suyo* en el frontispicio del libro de Rivero, que usted mismo critica en su carta más severamente de lo que lo hago yo. Haber pensado que usted era *broussaiista* hace treinta años no

significaba injurarlo, pues dicha escuela cuenta con grandes médicos y ha prestado grandes servicios a la ciencia. Y si la causa de su poca benevolencia es el escándalo provocado por mis opiniones y por mi sistema, permítame, señor, hacerle la observación de que usted tiene el derecho de criticarme, pero de ningún modo de fastidiarse ni de mirarme con soberbia.

Estas observaciones son sinceramente amistosas; y le aseguro que leeré siempre sus libros, aunque difieran de mis opiniones, con mayor buena voluntad y simpatía de la que haya merecido de parte suya. Usted me anticipa, señor, que nuestra discusión está destinada a la publicidad en un próximo trabajo que usted redactará sobre

los mismos temas que son objeto de su carta. Siendo así, pensé que estaba autorizado a publicarla con mi respuesta; pues no me convendría que sus objeciones previniesen en contra mía la opinión de mis amigos sin estos antecedentes.

La tarjeta de visita que usted ha tenido la amabilidad de añadir a su carta me da a conocer, señor, la posición elevada que usted ocupa. Si es el justo homenaje concedido a su saber y a su carácter, le hago llegar, señor, mis más sinceras felicitaciones. Pero me permito, al mismo tiempo, asegurarle que mi estima elevada se deberá siempre a sus obras sobre la lengua quechua.

Vicente F. López